



ANTONIO DE BÉTHENCOURT MASSIEU

Antonio de Béthencourt Massieu, nacido en Las Palmas de Gran Canaria, ingresó en 1941 como socio del Ateneo de Madrid, ciudad a la que se trasladó para realizar sus estudios universitarios. Durante muchos años se formó en la biblioteca y forjó amistades que le acompañaron más tarde en el protagonismo de la vida académica española. Béthencourt siguió su camino como catedrático de Historia Moderna, rector de la Universidad de La Laguna y decano de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, entre otros muchos cargos y méritos. Hoy continúa su prestigiosa labor investigadora, pero no ha olvidado aquel Ateneo que le marcó, donde convivió con Carmen Laforet, Miguel Artola y tantos otros que han sido protagonistas de la vida cultural española.

MI PASO POR EL ATENEO MATRITENSE

Antonio de Béthencourt Massieu

A primeros de mayo recibí la agradable sorpresa de un correo del departamento de Archivo del Ateneo de Madrid. Me invitaba a que de alguna forma prestara mi colaboración a la recopilación de testimonios sobre la vida –mejor mi vida– en el Ateneo. Respuesta afirmativa como era natural. Hace un mes largo me solicitaban amablemente el cumplimiento de mi aportación.

Procuro hacerlo, aunque advierto que estoy a punto de alcanzar el grupo de nonagenarios, lo que implica que ofrezca al Ateneo matritense todo el afecto y devoción que hoy ofrezco.

Acabada nuestra Guerra Civil, partí desde Gran Canaria, mi isla nativa, hacia los *madriles*. Objetivo: iniciar estudios en la Facultad de Filosofía y Letras



para licenciarme en Historia. Tenía referencias sobre el Ateneo que pronto me confirmaron parientes y conocidos. Como quiera que el invierno empezó a ser crudo y la pensión carecía de calefacción, en cuanto pude solicité y fui admitido como socio. Así me encontré en el Ateneo como un segundo domicilio familiar. Fue durante años el centro de mi vida cotidiana salvo las horas académicas. Por tanto, aquí residí hasta 1962, en que me doctoré en Madrid. Por tanto, debo al Ateneo gran parte de mis conocimientos adquiridos en su espléndida Biblioteca. Biblioteca no sólo espléndida sino acogedora –atopadiza, como diría un asturiano–. La luz sobre el pupitre con la inclinación ideal para leer, los cómodos sillones; a cada lado un espacio plano para comodidad de colocar papeles, libros e incluso depositar un café con leche, cuando se solicitaba. Café que era servido, aunque más tarde fuera suprimido; pero entonces podía ser consumido de pie en la barra del cercano bar. La riqueza de su Biblioteca nos era servida tras solicitar las correspondientes peticiones para la jornada en el Mesetón ubicado en la última de las salas, a mano derecha, o sea, la que estaba situada tras la central, entrando desde la escalera del piso bajo. Ahí estaba situado el famoso Mesetón.

Riquísima Biblioteca, comodísima sala y un servicio impresionante de expertos buenos conocedores de la situación de los solicitados. Recuerdo en el Mesetón la figura del imponente don Felipe Cabezón con su guardapolvo gris y su barba blanquecina, amén de un cigarrillo en los labios. Era cual piloto navegando por todo aquel complejo de miles de libros y revistas que circulaban a oleadas. Con él tuve una cierta amistad. Cuando le mostré mi intención por la lectura del *Capital* de Marx, tras dudas, me entregaba personalmente el ladrillo, que leí en una de las pequeñas salas, aunque no fui capaz de leer el segundo tomo.

Quisiera traer a la Biblioteca algunas anécdotas de cierto interés, por lo menos una que no olvido. Cuando llegué de Barcelona Carmen Laforet, tras haber obtenido el *Premio Nadal*, al aparecer por el Ateneo, aunque la conocía poco de nuestra Isla, enseguida me acerqué a felicitarla. Saqué un cigarrillo rubio de los que traía de Canarias o me llegaban con frecuencia, hasta que me pasé al negro y la pipa; le ofrecí uno y lo aceptó con alegría. Hicimos alguna amistad y solía sentarse en el pupitre de enfrente al mío y en la tabla que nos separaba solía yo colocar una cajetilla y mechero con el fin de que pudiera consumir los cigarrillos que le apetecieran durante la tarde.

Hará unos meses adquirí el espléndido libro *Música blanca*, de Cristina Cereales Laforet, su hija. *De tal palo tal astilla*. El libro me satisfizo enormemente por la ternura que encierra pero, sobre todo, por la fotografía situada en la portada, en la parte inferior de la derecha, donde figura una



imagen de Carmen joven con un pitillo en los labios. Visión que me emocionó, pues no era otra que la de su sonriente faz.

Pero el Ateneo es mucho más que su impresionante Biblioteca. A la salida de la misma, al margen izquierdo del pasillo, estaba la escalera y a la derecha una larga vitrina donde se presentaba al ateneísta los libros de reciente adquisición. Era observada y se podía pedir alguno de los ejemplares para ser devorados, antes de ser catalogados. Durante largo tiempo, el encargado de adquirir las novedades fue mi entrañable amigo Miguel Artola Gallego, el historiador que hoy reúne todos los premios importantes nacionales y como académico es reconocido por todos los colegas. Al final del pasillo y a la derecha, la pequeña cafetería pero siempre ocupada la barra. Ahí se discutía y los recién llegados podían no sólo saludar sino presentarse e incluso pedir consejo a las eminencias allí apostadas.

Al bajar la escalera podíamos salir hacia la calle y entrar por dos puertas al Salón de Actos. Una sala en forma de paraninfo con su pequeño escenario, patio de butacas y anfiteatro. Por este local habían pasado y pasaban los intelectuales más importantes del país. Ente las muchas conferencias que disfruté me impresionó, por la cantidad de público y su excelente contenido, la que impartió don José Ortega y Gasset a la vuelta de su primer exilio. Recuerdo que trató de cómo se debía dar conferencias en las que no faltara un punto de teatralidad. Esto fue de gran utilidad para los docentes. Pero no eran sólo conferencias, también había conciertos, recitales y todo acto cultural que mereciera la pena.

A la derecha del mismo, corría el famoso pasillo adornado en la pared diestra con los retratos de cuantos habían pasado como directores del Centro. Paseo algo oscuro y silencioso por el que solían desfilar, de dos en dos, los opositores que se recitaban temas de su oposición.

Recuerdo ahora al hablar de quienes se preparaban para triunfar en la convocatoria correspondiente, un famoso compañero cuyo nombre no recuerdo pero sí el mote: *El Opositor*. Hombre enormemente inteligente y que sostenía que para él no había momento más paradisiaco que aquel en que, sentado frente al tribunal, esperaba el instante en que el presidente le conminara a sacar las bolas de su ejercicio. Había superado bastantes de estas pruebas y seguía tan aficionado a las mismas que un verano en el que no había aparecido ninguna convocatoria, salvo una para farero en la costa del Cantábrico, se preparó, acudió a las mismas y ganó una de farero de segundo orden. Tomó posesión y, naturalmente, dimitió para volverse a su Ateneo. *El Opositor* era, además, persona generosa a quien acudían los principiantes y les



solía señalar los libros y capítulos más interesantes de los mismos para poder acudir con un cierto optimismo ante el tribunal.

Y a lo largo del pasillo, dos salas. La Sala de Periódicos era para muchos un auténtico placer. Toda la prensa y revistas de Madrid, sin que faltaran bastantes de provincias. Los foráneos, porque se enteraban de lo que podía ocurrir en su pueblo, villa o ciudad; los de la capital, ya que nos libraba de adquirir el ejemplar cotidiano. Había un grupito de casi permanentes en el Salón porque, como forofos de la prensa, con la cuota mensual ahorraban alguna pesetilla. Más hacia el fondo, otra gran Sala, *la Cacharrería*. Tertulia con su historia que, por conocida, no voy a volver sobre la misma. En mi tiempo ya no existía la famosa tertulia cotidiana. Tampoco era habitual comentar y discutir de política; lo que se entiende. Sin embargo, no faltaban intelectuales que sí se reunían en pequeños grupos para disfrutar animadamente en los cómodos sofás y sillones que la ocupaban.

Finalmente, al otro lado de la escalera principal y la salida hasta la calle, existían unas habitaciones cerradas. Recuerdo que fueron abiertas cuando fue presidente Florentino Pérez Embid. Las aprovechó para montar exposiciones de artes plásticas. A la misma acudíamos siempre en el momento inaugural, pues tras el paseo ante los cuadros y discursos de presentación éramos obsequiados con un vino y unas tapas. Las tapas eran bastante sabrosas y, normalmente, contenían embutidos e incluso jamón serrano. Una apertura muy anunciada resultó que coincidía con un día de abstinencia. El aperitivo estaba sobre la mesa y se esperaba con inquietud la llegada del presidente, Florentino, que, como pertenecía al *Opus Dei*, podía ordenar que fueran retiradas. Sin embargo, hombre como él, tan inteligente y de trato simpático, opinó que, como no había intención de quebrar la abstinencia, podíamos disfrutar de la copa y su acompañamiento.

Como quiera que mi permanencia en la Casa transcurrió entre 1939 y 1962, las referencias a cómo era el Ateneo estimo sean las suficientes. Sin embargo, me gustaría que no faltara algo verdaderamente impagable: el conocimiento de personas y hasta personalidades. Aún más, aquí algo que tanto valía como la amistad.

Yo hice grandes amigos en la Casa, fundamentalmente nuestra pequeña pandilla de queridísimos amigos, pues sólo éramos cuatro. José María Jover Arechandieta, el entrañable asturiano. Pudo alcanzar fama como novelista. Finalista del *Premio Nadal*. Excelente crítico en pintura, gracias a una llamada a lo práctico realizó una espléndida carrera en la banca alcanzando la dirección del Banco Central en Madrid, lo que le permitió adquirir una gran colección de cuadros. Falleció en un accidente automovilístico. Paco García Pavón, el más



famoso de los novelistas extremeños, *Premio Nadal* y bien conocido por la cantidad de novelas tomellosinas y por los lectores de la época. Profesor y crítico de arte. A este auténtico genio se enterró en Tomelloso, adonde acudimos Julián Ayesta y yo. Julián Ayesta Prendes, otro asturiano dotado de un sentido extraordinario del humor. Hombre de buena pluma que pudo llegar lejos. Poeta de poca obra pero quien lea su *Elena o el mar del verano* quedará convencido de cuanto afirmo. Ingresó en el cuerpo diplomático, ha cruzado gran parte del globo. Fue embajador en bastantes naciones. Jubilado, se instaló en su preciosa casa con jardín en Oviedo. Allí falleció rodeado de todos los suyos.

Si esa era la pandilla, no nos faltaban los amigos. Sólo citaré a dos ateneístas que conocí en la Facultad. Entre los verdaderamente entrañables, sólo dos, el mencionado Miguel Artola, al que ya cité y elogí y que es el único de los que viven y a quien le deseo que continúe con su fulgurante actividad. El otro, José María Azcárate Ristori, cabeza al frente de los historiadores del Arte que fue decano de la Facultad Complutense y creo que presidente de la Academia de Bellas Artes. Todavía recuerdo una larga y ardorosa discusión entre Azcárate y Buero Vallejo sobre la valoración de Velázquez como pintor. Aún añadiría otro más, el inolvidable Francisco Abad Río, insuperable compañero que alcanzaría una Cátedra de Historia del Arte en Zaragoza.

Todavía, finalmente, encuentro otros atractivos más en el Ateneo: el horario y su ubicación. El horario: de nueve de la mañana a doce de la noche los días de la semana y el domingo cerraba a las nueve. O sea, que uno prácticamente podía decir que vivía más en el Ateneo que haciendo otras actividades. A fines de mes, los días en que se nos acababan las *perras*, el único local que encontrábamos para pasar las horas era la estancia del Ateneo.

Por lo que toca a la ubicación, eludo cualquier mención al Hotel Palace, pero para los estudiosos estaba casi junto al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, a la Real Academia de la Historia, además de las librerías de viejo. Inolvidable la de otro íntimo amigo, Volsiski, que la estrenó a la vera del Ateneo y luego en una de las calles próximas, la Librería Cervantes. Pero más divertido y motivo para pasar el rato lo encontrábamos en el gran número de bares, tabernas y cervecerías, etc. que rodeaban al Ateneo por todas partes. Ahí, de pie o sentado, podía discutir, reír ... y al tiempo de tomar unos chatos y alguna tapa que otra.

Pero antes de rematar, una curiosa anécdota ateneísta. Unas Navidades el Ateneo convocó un premio al mejor villancico. Entre los que concurrieron obtuvo el premio, como era lógico, el presentado por el poeta Gerardo Diego con la música de Joaquín Rodrigo. Como quiera que pasaba el tiempo, a



Gerardo Diego se le presentó la ocasión de preguntar al secretario, asistiendo a una conferencia en el Salón de Actos, cuándo podrían cobrar. La respuesta fue: «¿Cómo? ¡Si Joaquín Rodrigo pasó a los dos ó tres días de concedido cobrando su integridad!». Parece que cuando le reclamó Gerardo Diego su parte, el compositor le respondió que lo importante no era la letra sino la música y que andaba muy necesitado por el piso que acababa de estrenar. Pero todavía hay más. Gerardo Diego tenía su tertulia en el café Gijón. Llegaba, colocaba sobre el mármol de la mesa el importe del café con leche. Hablaba poco, miraba por el ventanal el paisaje de la Castellana. La broma, cuando llegaba algún novato a la tertulia, era convencerle de que le preguntara a Gerardo, que a la par de poeta era pianista en sus recitales, su opinión sobre Rodrigo para ver cómo reaccionaba, hasta con violencia y algún taco que otro. Gerardo, que era el hombre más pacífico, amable y educado del mundo.

En resumen, sólo podría añadir que el Ateneo fue lo mejor de nuestro madrileñismo entre 1940 y 1962.

Antonio de Béthencourt Massieu

Las Palmas de Gran Canaria, noviembre de 2009